

Martínez, aprendiz de Retórica

José Ángel Valente

OFRECEMOS UN TEXTO INÉDITO DEL POETA JOSÉ ÁNGEL VALENTE, PRESENTADO POR ANDRÉS SÁNCHEZ ROBAYNA Y QUE PUBLICARÁ GALAXIA GUTENBERG EN EL SEGUNDO TOMO DE SUS OBRAS COMPLETAS.

La relación de José Ángel Valente con la obra y el ejemplo creador de Antonio Machado fue honda y constante a lo largo de los años. El testimonio más antiguo de esa relación, en la poesía, no es otro acaso que el poema «Otra vez mirando campos de Castilla», publicado en la revista Alcalá en 1952. Encabezado por una cita de Machado, ese poema iniciaba en la producción de Valente un conjunto de textos en los que el autor de Tres lecciones de tinieblas rindió homenaje tanto a la vertiente lírica como a la vertiente ensayística y filosófica del poeta sevillano. Un texto especialmente significativo es, sin duda, el poema «A don Antonio Machado, 1939», publicado en Versos para Antonio Machado (París, Ruedo Ibérico, 1962), que Valente recogió más tarde en su breve antología Sobre el lugar del canto (1963). Por las mismas fechas escribió igualmente otro poema, «Si supieras», que pasó a La memoria y los signos (1966): «Si supieras cómo ha quedado / tu palabra profunda y grave / prolongándose, resonando... / Cómo se extiende contra la noche, / contra el vacío o la mentira, / su luz mayor sobre nosotros. [...]». Prolongación y resonancia, en efecto, para él duraderas.

Son numerosas, por otra parte, las referencias a la figura y la obra de Antonio Machado en el primer libro de ensayos de Valente, Las palabras de la tribu (1971), integrado por textos críticos

suyos escritos a partir de 1957. Aunque Valente no llegó a escribir ningún ensayo específico sobre la poesía de Machado, hay en Las palabras de la tribu dos artículos en los que se ocupa de su ejemplo y su legado: «Antonio Machado, la Residencia y los Quinientos» (previamente publicado en Ínsula en 1960) y «Machado y sus apócrifos». Es éste el que más nos interesa ahora. Escribe allí Valente que sostenía con el autor de Soledades, como con otros maestros, un permanente diálogo. Era «un diálogo de por vida. Así se me presenta a esta altura del tiempo la relación del que esto escribe con figura maestra como la de Antonio Machado. [...] Pocas imágenes –añade Valente– más resistentes que la suya a la fijación, al inalterable retrato, a la congelada interpretación, al rito incorregible, al dogma».

El texto inédito que aquí ofrecemos, «Martínez, aprendiz de Retórica», conservado en el archivo del autor hoy custodiado en la biblioteca de la Universidad de Santiago, ha de verse a la luz de las observaciones de Valente realizadas en ese artículo acerca de la significación y las características de los apócrifos machadianos. El «movimiento diversificador y participante» de la ironía, estrechamente unida al misterio, permite inventar o descubrir la realidad. Mairena, «aunque titular de una cátedra de gimnasia, ejercía en realidad como profesor de sofística y de retórica, es decir, de saberes probados en la denuncia de la falsedad de lo ‘auténtico’ y en la apertura de la subjetividad». Estos fueron, entre otros, los rasgos que Valente subrayó de manera especial en los apócrifos, aquellos que, en una suerte de homenaje, quiso honrar –«prolongándose, resonando...»– en un conjunto de notas con el título de «Martínez, aprendiz de Retórica».

No consta en esas notas fecha alguna, pero fueron escritas probablemente hacia 1960, es decir, hacia el mismo año en que veía la luz su ya citado artículo «Antonio Machado, la Residencia y los Quinientos».

El texto formará parte del volumen segundo de las Obras completas de Valente, actualmente en curso de edición en Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores.–A.S.R.

Yo me he sentado en los bancos de la cátedra de Retórica de Juan de Mairena. Perdonen que utilice la palabra cátedra, porque sabido es que Mairena explicaba allí por vocación –sin haber hecho oposición alguna– y, además, solía explicar sentado sobre la mesa, lo cual tampoco es propio de una cátedra. Me llamo Martínez. Probablemente habrán oído hablar de mí, porque en cierta compilación de los diálogos del maestro, publicada hace años, se me alude con alguna frecuencia. Pero no crean que siempre que el maestro decía: «Martínez, esto; Martínez, lo otro...» se refería a mí; había otros Martínez en la clase, casi todos más antiguos y más aventajados que yo.

En gran parte he seguido los métodos de trabajo del maestro con una sumisión que él mismo no aprobaría. Mi obra se reduce a ejercicios de Retórica, que tienen un carácter demasiado escolar para valer más que como ejercicios. Por eso no he conseguido ningún título lucrativo y el único de que puedo hacer gala a mi avanzada edad es todavía el de *aprendiz*. Los fragmentos que estampo hoy son mi primera publicación y forman parte de un libro que probablemente no escribiré. En gran parte no me pertenecería, y, con respecto a lo que pudiera pertenecerme, no dejo de recordar aquella norma del hombre en cuyas honestas enseñanzas me he formado: «Nosotros no hemos de incurrir nunca en el error de tomarnos demasiado en serio».

* * *

«Vosotros preguntad siempre...», solía decir el maestro Mairena. De ésta y otras incitaciones a la pregunta, podría deducirse hasta qué punto, para el maestro, *el saber* era vivir en una comunidad de preguntas difíciles. Es decir, todo lo contrario de arrellanarse en la comodidad de unas cuantas contestaciones tontas.

* * *

De vez en cuando alguien estalla: –Pero, bueno... ¿para qué sirve la poesía? Los espíritus privilegiados suelen mirar con desdén al analfabeto ibérico que se ha ido de la lengua. No hay por qué irritarse pensando en que la poesía no debe *servir para*, por-

que tal idea es una vanidad afortunadamente arrumbada. Tampoco es aconsejable contestar: –Para crear formas de belleza superior, porque esto el analfabeto ibérico no lo entendería (ni yo que, en cierto modo, soy letrado, lo he entendido muy bien nunca). El maestro Mairena dijo una vez: «Si damos en poetas es... porque sabemos qué males queremos espantar con nuestros cantos». Decid, de acuerdo con esto, que la poesía sirve como el canto para espantar males; que toda la poesía no es más que un gran canto del hombre para espantar el gran mal de la especie: la muerte. Si ni aun así os entendiesen, no os irritéis de ningún modo; pensad más bien que os habéis expresado aún con demasiada pedantería.

* * *

Sabido es cómo el maestro gustaba de escarbar en las frases hechas y en la sabiduría popular. He aquí un ejercicio breve hecho a su manera.

Pensad en el refrán: «Más vale pájaro en mano que ciento volando». Solemos repetirlo ufanamente sin reparar en el dramático sentido que encierra. Sin embargo supone el más aterrador y desarzonado estar de vuelta de la ilusión y del sueño que conozco. Renunciemos –dice– a los cien bellos pájaros que vuelan en nuestro deseo, para quedarnos con este pájaro aprisionado que, como es obvio aclarar, por el simple hecho de *estar en mano* ya apenas es pájaro.

* * *

El pensamiento escéptico y relativizador de Mairena, seguido al pie de la letra, llevó a algunos de sus discípulos a ciertos extremos difíciles, cuya crítica general podía considerarse hecha en el siguiente

Drama en un cuadro

El dogmático – ¡Estupendo día!, ¿eh?

El relativista – Sí, pero no crea...